

LA HISTORIA DE COBI

En una aldea junto al río Prut, en Moldavia, vivía **Cobi**, una cobza con diez cuerdas –ocho dispuestas en cuatro pares y dos sueltas– como es tradicional en ese instrumento moldavo. Aunque la melodía fluía por sus cuerdas gemelas, Cobi se sentía incompleta: tres de esos pares habían desaparecido y su música había perdido parte de su voz.

Cada mañana, la niña **Ana** la tomaba con ternura: “Tu canto sigue siendo especial, Cobi”. Y la cobza, a pesar de su tristeza, comenzaba el día con un rayo de esperanza.

Un día, en la plaza se celebraba el Día de las Culturas: había música moldava, rumana, gitana y de países vecinos. Representantes de cada comunidad tocaron sus instrumentos y cantaron sus canciones. Ana llevó a Cobi para que participara.



Al llegar, Cobi sintió timidez y miedo: "Sin mis tres pares de cuerdas no podré tocar bien", susurró. Pero Ana respondió con un abrazo:

- Con respeto escucharemos cada nota. Tu esfuerzo también es parte de la música.

Se acercó **Ionel**, un músico gitano, que tocaba un contrabajo pequeño. Él la observó y sonrió:

- Creo que puedo ayudarte. Mi abuela tenía cuerdas extra de instrumentos, tal vez alguna me sirva.

Ionel sacó **tres pares de cuerdas** de su bolso. Cada par era distinto: uno era de **metal brillante**, otro de **tripas finas**, y el último de **catgut** (tripas de animal). Ana y él respetaron el valor de cada origen:

- Cada cuerda viene de una tradición distinta -explicó Ionel-, pero juntas pueden hacer que florezca una nueva melodía. Eso es interculturalidad: aprender que de distintas raíces crece algo fuerte y bello.

Con manos cuidadosas, **Ionel** fue colocando cada par de cuerdas, afinando cada conjunto gemelo con mimo. Cobi notó como cada par vibraba al unísono, como si dos semillas plantadas juntas brotaran siempre más fuertes. Cuando colocaron el último par, sumando las diez cuerdas tradicionales, Cobi sintió cómo su corazón de madera se llenaba de armonía: su música volvió a ser plena y llena de vida.

Era el momento de tocar. Junto a Ana y a Ionel, la cobza empezó a sonar: unas notas suaves, otras brillantes, otras profundas... El público aplaudió.

De pronto, al escuchar su canción, se unieron otros músicos: una violinista rumana, un flautista moldavo y un percusionista gitano. Todos respetando el espacio y el valor de la cobza.

La música se convirtió en un abrazo colectivo: diferentes ritmos, melodías, historias, entrelazadas en una misma canción.

Al acabar, Ana dijo:

- Gracias, Cobi. Gracias, Ionel. Gracias a todas las culturas por compartir. Hoy hemos vivido la amistad que nace del respeto y la diversidad.

Cobi brilló feliz, sus cuerdas nuevas vibraban con orgullo. Y supo que, aunque esas cuerdas vinieran de otros lugares, juntas podían contar historias más grandes.